

Marca de agua

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Watermark*
En cubierta: fotografía © AF Fotografie / Alamy Stock Photo
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Joseph Brodsky, 1992
All Rights Reserved
© De la traducción, Menchu Gutiérrez
© Ediciones Siruela, S. A., 2023
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 978-84-19419-66-8
Depósito legal: M-25.364-2022
Impreso en Cofás
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Joseph Brodsky

Marca de agua

Traducción del inglés de
Menchu Gutiérrez

 Siruela

El Ojo del Tiempo

A Robert Morgan

Hace muchas lunas, el dólar estaba a 870 liras y yo tenía treinta y dos años. También el globo, que contaba con mil millones de almas menos, era entonces más ligero, y la cantina de la *stazione* a la que había llegado aquella fría noche de diciembre estaba vacía. Ahí estaba yo, en pie, esperando a la única persona que conocía en la ciudad y que podía ir a recibirme. Se retrasaba mucho.

Todo viajero conoce esta clase de apuro, esta mezcla de cansancio y aprensión. Es el momento de amedrentar con la mirada el rostro de los relojes y los horarios, de escudriñar el mármol varicoso que hay bajo nuestros pies, de inhalar amoniaco y ese extraño olor que el hierro fundido de las locomotoras exhala en las noches frías del invierno. Hice todo eso.

A excepción del bostezante cantinero y de la inmóvil figura de Buda de la *matrona* ante la caja registradora, no se veía a nadie. Por otro lado, poco provecho podía-

mos sacar de la presencia del otro; mi única moneda de cambio en su lengua, el término *espresso*, ya había sido gastada, y dos veces. También les había comprado mi primer paquete de lo que durante muchos años habría de conocer por «Merda Statale», «Movimento Sociale» o «Morte Sicura», mi primer paquete de MS. De modo que cogí mis maletas y salí del local.

En el caso improbable de que la mirada de alguien hubiera seguido mi London Fog blanca y mi Borsalino marrón oscuro, se habría encontrado con una silueta conocida. Sin duda, la misma noche se habría encargado de absorberla sin dificultad. En mi opinión, el mimetismo ocupa un puesto muy elevado en el escalafón de todo viajero, y la Italia que tenía en mente en aquel momento estaba formada por la fusión de las películas en blanco y negro de los años cincuenta y el medio igualmente monocromo de mi oficio. El invierno era por tanto mi estación; la única cosa que me faltaba para parecer un bohemio local o carbonaro era una bufanda. Aparte de eso, me sentía invisible y listo para fundirme con la oscuridad, para ocupar el fotograma de una película policiaca de bajo presupuesto o, mejor, de un melodrama.

Era una noche desapacible y, antes de que mi retina pudiese registrar cualquier cosa, me sentí invadido por una felicidad absoluta; mis orificios nasales recibían el azote de algo que para mí ha sido siempre sinónimo de

este sentimiento, el olor de algas heladas. Para algunos, es el olor de la hierba o del heno recién cortado; para otros, el aroma navideño de las agujas de las coníferas y las mandarinas. Para mí, son las algas heladas, en parte por aspectos onomatopéyicos que se conjugan en esta palabra (en ruso, alga es la maravillosa *vodorosli*), en parte también por una pequeña incongruencia y un drama subacuático que se oculta en esta noción. Uno se reconoce en ciertos elementos; cuando aspiré este olor en la escalinata de la stazione, hacía ya tiempo que los dramas ocultos y las incongruencias se habían convertido en mi fuerte.

Sin duda, la atracción que sentía hacia aquel olor debería haber sido atribuida a mi infancia junto al Báltico, el hogar de aquella sirena errante del poema de Montale. Sin embargo, tenía mis dudas sobre esta atribución. En primer lugar porque aquella infancia no había sido tan feliz (raras veces la infancia es más que una escuela de insatisfacción personal y de inseguridad), y, por lo que respecta al Báltico, tenía que ser una anguila para escapar de la ración asignada. Como tema de nostalgia, mi infancia desde luego difícilmente servía. Siempre he creído que la fuente de esta atracción se encontraba en otro lugar, más allá de los confines de la biografía, más allá de la configuración genética, en algún lugar del hipotálamo en el que se almacenan los recuerdos de nuestros ancestros sobre su reino natal, por ejemplo, el mismo ictio que desencadenó esta civilización. Que aquel ictio fuera o no feliz es otra cuestión.